

ALGUNAS IDEAS SOBRE LA EDUCACION CATÓLICA¹

1. Un poco de historia

Desde siempre la Iglesia católica, en su esfuerzo por una educación auténtica, tuvo una preocupación profunda por el desarrollo del hombre en cuanto hijo de Dios. Este desarrollo suponía y afirma como objetivo fundamental: 1) la adquisición de conocimientos necesarios para una vida realmente digna, 2) la formación en los valores que ayudarán a crecer en humanidad, 3) y la vivencia de la revelación y realidad del Dios Padre traída por Jesús.

Somos peregrinos hacia el cielo, hijos de un Dios Padre bueno, que nos envió a Jesús para decirnos quien es ese Padre, y nos dejó al Espíritu de Dios para acompañarnos en nuestra vida de peregrinos, y así podamos vivirla como Jesús, que pasó haciendo siempre el bien. Lo humano y lo religioso no pueden separarse. No se puede ser verdaderamente cristiano, si no se es auténticamente humano. Dios se hizo hombre para que el hombre descubra que es hijo de Dios y realice su vida como hijo de Dios, mientras camina al encuentro definitivo con el Dios Padre, anunciado por Jesús. Por eso la educación católica busca formar un hombre auténticamente humano y que pueda vivir en plenitud el anuncio traído por Jesús. En todo colegio católico esto debe estar claramente presentado a profesores, directivos, alumnos y padres. En esto no se puede tranzar.

Ya en la convulsionada Edad Media existieron las escuelas, fruto de esa preocupación por el hombre. Escuelas monacales, parroquiales y catedralicias. Es verdad que todavía para minorías, pues no podía ser de otra manera. Surgen también las universidades.

Una de las primeras cosas que hacen los misioneros en América Latina fue la creación de escuelas y universidades. El hombre para realizarse como hijo de Dios, ser auténticamente humano y para ser libre, necesita conocer y vivir los valores humanos que hacen a su dignidad, y necesita también poder conocer y amar a su Dios Padre.

El siglo XIX marcó un momento especial para la educación. Las tres cuartas partes de la población europea era analfabeta. Y fue la Iglesia la que abrió caminos. Como curiosidad, la primera Escuela Normal de formación de maestros en Francia, después de la Restauración, fue creada por los marianistas en Alsacia, y nos fue quitada y copiada por el estado francés. Hasta mitad del siglo XX se abren colegios y escuelas por todas partes con un personal religioso dedicado en exclusiva a esa educación. El estado se da cuenta de la importancia de la educación, y empieza a controlar y organizar a nivel países su educación. Y surge la profesión de enseñante, centrada sobre todo en la

¹ La base de este trabajo son las notas del encuentro de pastoral de la educación que animé en Quimilí, para los agentes de pastoral de la educación de la Diócesis de Añatuya.

escuela primaria. Y también empieza a surgir una tensión entre escuela privada y escuela pública.

En este período, que va hasta pasada la mitad del siglo XX, la escuela católica tiene una característica común: Todos los profesores y maestros son religiosos, hombres y mujeres consagrados al servicio de Dios y de la Iglesia, y con una dedicación completa. Esto hace posible abrir escuelas en los sitios más abandonados, buscando caminos de educación para el pueblo. No existía mucho papeleo, ni exigencias de burocracia. Se vivía una real pobreza y todo estaba orientado al funcionamiento de la escuela. Los religiosos no teníamos sueldo y se vivía como se podía, con una dedicación alegre y feliz a nuestros alumnos. Basta ver el cariño y el recuerdo, que muchos ex-alumnos tienen todavía hoy, de muchos de estos santos y sabios educadores que fueron dejando jirones de sus vidas en una donación total por sus chiquillos. Se hacía el gran anuncio de lo gratuito de Dios Padre. Todo esto permitió la construcción de grandes centros de educación. Es la época de los pensionados, y se va creando una pedagogía de presencia, dedicación y respeto a los niños, de compartir muchos espacios de tiempo y lugares con ellos, característica fundamental de la educación católica. Fue una época floreciente de la educación católica, aunque también hubiera en ella sombras, e incluso serias equivocaciones.

A partir de la década del sesenta del siglo XX se produce un cambio trascendental, tanto a nivel de los gobiernos, como de la misma Iglesia. El mundo entra en un cambio acelerado. Consecuencias de la segunda guerra mundial, la guerra fría, el desarrollo tecnológico, los avances increíbles de la ciencia y el dominio del mundo por el hombre. Las desigualdades sociales, cambios profundos a nivel de la sociedad. Se multiplican los colegios privados y estatales, la aspiración no es sólo la primaria, sino también la secundaria y hasta la terciaria y la Universidad. Hay una explosión masiva de quienes quieren estudiar. Hay que formar maestros y profesores. Todo esto trae la ventaja de la posibilidad de acceso a la educación de la mayoría de la población. Pero también trae sus inconvenientes: al crecer el número de docentes, aumenta también la mediocridad de bastantes de ellos, con el riesgo de empobrecimiento de la educación. Como toda época de cambio es época de crisis. Pero hay un convencimiento de que, en el mundo de hoy, el estudio es necesario para la vida. Vivimos en una agitación constante: cursos de perfeccionamiento, reformas educativas, ensayos y contra-ensayos, reuniones y papeles por todos lados, realidad actual normal, porque somos hijos de una sociedad que cambia rápida e incesantemente. Y a veces nos quedamos tranquilos con papeles y reuniones. El problema de hoy no es estudiar y sacar un título, sino dónde lo hago para prepararme lo mejor posible, a fin de poder tener éxito y trabajo aceptable en esta sociedad competitiva y globalizada. Y también está surgiendo la postura de que no merece la pena estudiar, pues después de tanto esfuerzo no vale para nada pues no encuentras trabajo. Se plantea la problemática de que enseñamos muchas cosas, pero no educamos lo suficiente. A los profesores, maestros y padres nos falta, a veces, sabiduría y valores humanos porque, tal vez, hemos sido demasiado atrapados por la sociedad del bienestar y del consumo, y en vez de crecer y presentar en nuestras vidas una humanidad profunda y alegre, presentamos un materialismo feroz.

En esta segunda mitad del Siglo XX hay un hecho importante para la Iglesia: el Concilio Vaticano II. Trae una orientación hermosa sobre los laicos y sobre una opción preferencial por los pobres. La escasez de religiosos trae la incorporación de laicos al claustro de profesores. Los colegios católicos pasan a tener mayoría de profesores

laicos, y pasan de ser de mayoría de profesores religiosos, a casi totalidad de profesores laicos. Y los pocos religiosos, a lo más, quedan con cargos directivos, y pronto por no decir ya, ni eso. Nos encontramos con algo que es curioso: Unos colegios llevados totalmente por laicos, y en una parte del edificio del colegio una comunidad de religiosos, que pinta e interviene muy poco en el colegio. Solo faltaría que se pusiera un título que podría decir así: museo, especímenes en extinción de un tipo de educadores que ya no se fabrican. Todo esto supone un cambio muy radical y una nueva problemática. Y me atrevo a hacer una pregunta: ¿La gran mayoría de nuestros profesores laicos en nuestros colegios son hombres y mujeres de fe profunda católica, y de práctica y vida cristiana comprometida con el Evangelio? ¿Están preparados para dar una verdadera educación católica, o son unos profesionales que enseñan y cumplen su horario? Es curioso que hasta la misma legislación sindical nos ha quitado el ser educadores, para convertirnos en trabajadores de la educación.

2. Desafíos actuales para la educación católica

La situación ahora es distinta, pero no cambian los principios fundamentales de la educación católica: La preocupación profunda por el desarrollo del hombre en cuanto hijo de Dios y que supone encarar los tres aspectos que presentaba en el número anterior: 1) Adquisición de los conocimientos necesarios para una vida digna en el mundo actual; 2) Formación en los valores que ayudan a crecer en humanidad en el mundo actual y nos lleven a una convivencia fraternal; 3) Y la vivencia de la Revelación de Dios Padre, traída por Jesús, y que lleve a un compromiso de vida cristiana católica a padres, profesores y alumnos.

Todo esto trae una serie de desafíos y cuestionamientos. Cuando el centro educativo católico estaba dirigido y animado en casi su totalidad por religiosos, la realización de los principios, en teoría, era más fácil. Esos religiosos con su enseñanza, con su vida y con su dedicación trataban de transmitir conocimientos, valores, y la misericordia de Dios, cualidad dominante de Dios en su relación con los hombres, y que incluye aspectos de ternura, de clemencia, de bondad, de piedad, de tolerancia, de perdón y de paciencia. Entre ellos hubo muchos sabios y santos, también muchos pecadores, que no supieron educar. Hombres y mujeres que entregaban su vida al Señor para, como Él, hacer que niños, adolescentes y jóvenes se realizaran como personas humanas e hijos de Dios. Vidas entregadas al anuncio de lo gratuito y a tiempo completo. Por encima de la profesión estaba la caridad. Hubo sombras y luces como en toda realidad humana. Al mismo tiempo la escuela era el centro de la vida de los alumnos. Hoy nos encontramos con una realidad social, que influye aparentemente mucho más que la escuela, y con una totalidad de profesores y maestros laicos de todos los matices y colores. El tiempo pasado pasó y ya no vuelve, esto hace que nos preguntemos si tiene sentido hoy la escuela católica, y que busquemos nuevos caminos de realización. Vivimos una situación de cambio con sus normales oscuridades.

Ante esta realidad que nos toca vivir es fácil estar de acuerdo con los principios. En el cómo realizarlo ya aparecen diferentes posturas. Y voy a tratar de analizarlas. ¿Cómo debe ser un colegio católico en el momento actual? Y sobre todo si merece la pena. Hay muchas posturas. Analizo algunas:

Un centro absolutamente confesional, donde maestros, profesores y alumnos tienen que ser católicos convencidos y practicantes. Y donde sólo pueden estar los

“católicos cumplidores.” Y nos hacemos una pregunta: ¿Es posible? Esto trae aparejado una serie de inconvenientes. Puede pasar que tanto algunos profesores como alumnos y directivos, con tal de estar en el colegio, finjan ser católicos prácticos en apariencia y caigamos en la falsedad y la hipocresía, realidad gravísima para la educación. Lo importante no es sólo cumplir ciertas normas, sino seguir de veras a Jesucristo. Y cumplir las normas porque uno sigue a Jesús.

Un centro confesional abierto a todos. Y donde se les pide a docentes, padres y alumnos el respeto a los criterios y normas católicas, en un clima de libertad y con una preocupación por formar un verdadero hombre en la verdad, la libertad y los valores de humanidad propios para la realización de la persona, y que son la base para un encuentro y para un verdadero seguimiento de Jesús. Supone también la aceptación de una formación religiosa católica y un intento de formar líderes y grupos católicos. En la elección y nombramiento de profesores y directivos se tendrá en cuenta aquellos que estando capacitados, tengan un mayor compromiso y vivencia cristiana católica. Es importante que los laicos con una vivencia y un compromiso realmente cristiano, asuman la conducción de la educación católica. ¿Quién marca, en la práctica diaria, la conducción, los criterios y las normas?

Un servicio gratuito, fruto de la caridad cristiana, en especial a los más pobres, y en una acción desinteresada, con una presencia de Iglesia Madre. Con esta actitud se afirma que todos somos hijos de Dios, y a través de esa dedicación le manifiesta a pobres y a ricos que Dios los quiere a todos. Participar del misterio de lo gratuito de Dios, en la alegría del cielo prometido, anunciando de esa manera al mundo, que somos hijos de ese Padre bueno, asemejándonos a Jesús y María, en la bondad, en la misericordia, y en la compasión, por la fuerza y presencia del Espíritu Santo. Hacer en educación lo que Teresa de Calcuta hizo con los moribundos más desgraciados de la India. ¿Quién mantiene económicamente esos colegios?

Cerrar los centros católicos y buscar otros caminos de educación asistemática, ya que el estado ha asumido la educación, pone tantas cargas a la educación privada, con tantos problemas laborales, que corremos el riesgo de convertirnos en una empresa, que no es rentable en la mayoría de los casos, deja de lado a los más pobres y no anuncia bien al Señor.

Todo este proceso **será un proceso doloroso y lento**, con luces y sombras, pero al fin la Iglesia conducida por Cristo y por el Espíritu Santo, sabrá responder a las necesidades del pueblo de Dios, y encontrará los caminos adecuados. Los tiempos pasados no volverán, la presencia de religiosos en los colegios será nula. ¿Los laicos serán capaces de asumir completamente toda la responsabilidad, y vivenciar la fuerza de la santidad? ¿Los colegios católicos serán signos proféticos de la santidad de Dios, santidad a la que somos llamados al ser hijos de Dios? Ante el consumismo, el erotismo barato, la falta de valores humanos y sociales, los colegios católicos, ¿pueden ser signos proféticos en el mundo de hoy? ¿Los docentes de nuestros colegios viven la fe y la santidad?

No tienen que asustarnos los problemas, las situaciones difíciles, las dificultades que se nos puedan plantear. Pero sí hay que tener las ideas claras y vivir la realidad: Fácilmente un colegio católico se puede convertir en una empresa educativa y perder el sentido de evangelización. Un centro de educación católico no tiene sentido si no se

anuncia de alguna manera a profesores, directivos, padres y alumnos la verdad sobre Jesucristo, según la vive y la interpreta la Iglesia Católica. Y sobre todo tratar de ser un signo profético en el mundo actual con la fuerza de las vidas cristianas de docentes, padres y alumnos. Los colegios católicos actuales, ¿avalan y tranzan con los antivalores del mundo actual? ¿Cuestionan las vidas cómodas y antievangélicas de muchos de nosotros, que nos decimos cristianos? ¿Acaso no nos acomodamos a los falsos criterios de nuestro mundo y queremos estar tranquilos, y que no muerda en nuestras vidas el llamado y el anuncio de Jesús? ¿Acaso el afán de dinero, el afán de placer, el afán de poder y de apariencias no se nos ha metido muy adentro, y rigen nuestras conductas personales y colegiales? Nos surgen muchos cuestionamientos a los que hay que hacer frente:

La profesionalización del docente. Un trabajo del que se vive, con el que se gana un sueldo, aspecto positivo de esta profesionalización. Pero a veces con las picardías del trabajador: abusos de licencias, inasistencias, clases sin preparar e incluso con falta de vocación a la docencia. Esto trae una actitud materialista, que en el proceso educativo pasa a los alumnos. Lo importante es “ser vivo,” no la excelencia humana y cristiana. Esto es un cáncer para la educación.

Una vida inmoral, según los criterios de la Iglesia Católica, manifestada a veces de una manera oculta, y defendida otras veces en público por algunos docentes, padres o alumnos, y que por un falso respeto nos pueda llevar a una actitud relativista de que todo vale.

La apariencia de fiel católico por miedo a perder el puesto de trabajo, o por miedo a ser mal considerado, que puede llevar a una actitud hipócrita y falsa.

Docentes, alumnos y padres, que se dicen no creyentes, se creen modernos y presentan actitudes de indiferencia y de falta de respeto hacia los valores católicos del colegio, aunque sea de una manera oculta. Con actitudes sobradoras, en especial en colegios de buena posición económica, pueden presentar posturas despreciativas. Son de esos que dicen “nosotros pagamos”

Egoísmos humanos que pueden darse en algunos docentes, con una falta de respeto a los colegas, poniéndolos en ridículo o riéndose de ellos ante los alumnos, y con falta de colaboración fuera de lo que es la clase.

Problemas que pueden darse de toda clase, en la relación de patronal y empleados, de la institución con los padres, por el mal hacer o intereses de unos o de otros. El estado y la ley nos obliga a funcionar como empresa. Y esto hace que se pierda un poco, o un mucho, el espíritu de familia que tendría que mantener la escuela.

Todo tiene precio y el anuncio de lo gratuito, fundamental para poder entender un poco el misterio de ese Dios Padre bueno, se hace cada vez más difícil en nuestros colegios católicos.

El seguimiento personal de cada chico, el entrar en el fondo de su persona, para fortalecerlo o sanarlo se hace difícil. Se insiste mucho actualmente en lo pedagógico, y está bien, pero la profundidad del corazón humano, la actitud de escucha y esa

pedagogía marianista tan hermosa del respeto al niño, de la dedicación al niño al que tengo que transmitir no solo conocimientos, sino vida y vida de Dios se nos hace difícil.

Actitud general, que puede darse a veces, de tener miedo a comprometerse y enfrentar la realidad religiosa y social del entorno. Entonces el colegio se convierte en una institución, que no es ni chicha ni limonada, no es signo profético de Jesús por miedo y vergüenza a los poderes y criterios del mundo a los que tiene miedo de molestar. O lo que sería peor sus docentes, padres y alumnos han sido tragados por el contagio del mundo y la fe en Jesús no interesa. Son esos colegios light, que ni comprometen ni inquietan a nadie con un compromiso verdaderamente humano de su fe cristiana. Son como la cerveza que no es cerveza, porque es light y le falta calorías.

El fomentar el deseo de apariencias y olvidar el sentido del sacrificio y de la austeridad, de la sencillez y de la sinceridad. Abundan, a veces, en los colegios las narices estiradas, buscadoras de apariencias.

3. Algunas pistas sobre lo que quiere ser la educación católica

3.1. – Fundamentos de la educación católica

Dios nos llama como educadores a trabajar por la extensión del reino de Dios a través de la Iglesia. Consideramos la educación como un medio importante de evangelización al servicio de la Iglesia para transformar el mundo y las personas. Cuando hablamos de educación católica no pienso en los colegios católicos solamente. Los colegios católicos son un medio de educación católica, y podrían desaparecer. Lo que no debe desaparecer es la educación católica que deberá buscar siempre medios acordes a los tiempos y a las personas.

La educación católica tiende a sembrar, cultivar y hacer fecundo el espíritu cristiano en los hombres y en tratar de ayudar a hacer a los hombres más humanos. Los colegios católicos deberán tener esto muy claro, pues de lo contrario serán solamente unos centros, tal vez muy competentes, con un título y barniz de católicos. Y entonces sería mejor que no existieran. En nuestros centros católicos es necesario la formación y el crecimiento en la fe de alumnos, docentes y padres, por lo menos el anuncio con cierta frecuencia de que Cristo es el Señor, con la palabra y con signos proféticos personales y comunitarios. Y también la animación y creación de comunidades católicas, pero hay que tener muy presente que la educación católica va mucho más allá de los colegios católicos.

Afirmamos que toda persona ha sido creada a imagen y semejanza de Dios. Es más, ha sido hecha hijo de Dios. Aún reconociendo que cada persona es básicamente buena, pero debilitada por el pecado, debe adquirir hábitos buenos por medio de una disciplina personal.

Afrontamos nuevos tiempos y confiamos en los beneficios de la fe de todos aquellos que trabajan en la educación católica. Se trata de ser fieles al Evangelio de Jesús, viviendo y compartiendo con los hombres de nuestro tiempo sus alegrías y esperanzas, sus angustias y sufrimientos.

Aparece algo nuevo e importante cuando hablamos de educación católica: evitar el centrarse en los colegios católicos solamente, y descubrir el sentido y el valor del

ejercicio de la fe del laico, docente católico, que en el ejercicio de su profesión debe evangelizar. Nos encontramos ante la necesidad de crear los Movimientos de Educadores Católicos, que motivados por una fuerte carga de fe y una vivencia práctica de esa fe, hagan realidad la caridad, y en el ejercicio de su profesión, sean capaces de evangelizar dentro de todas las instituciones, tanto privadas como estatales. Deberán ser muy humanos, bien preparados pedagógicamente, y muy hombres y mujeres de Dios. Necesitarán una fuerte espiritualidad cristiana. Será la presencia de hombres y mujeres que, viviendo su fe, evangelizan en todo el mundo de la educación, hasta en aquellas instituciones que se dicen laicistas, e incluso puedan negar al Dios de Jesús. Es más cuestión de personas que de estructuras.

Algo nuevo nos está pidiendo el Señor, y pienso que más que tratar de salvar los colegios católicos, necesitamos ver cómo podemos crear unos movimientos fuertes de Educadores Católicos. De manera que su presencia de fe y ciencia, tanto en los colegios estatales como privados, se traduzca en una evangelización profética. Y que lleve a crear y animar comunidades cristianas. Los católicos tenemos que saber entrar en las instituciones de enseñanza estatal, en las que hay y se educan muchos católicos, y donde se juega muchas veces la filosofía educativa del país. Y dónde se educan, con pobres medios, la gran mayoría de los católicos pobres de nuestra tierra.

3.2 Espiritualidad y mística de la educación católica

El centro de esta espiritualidad está en la fe, que no es simplemente un conocimiento intelectual, ni un simple sentimiento, sino algo que llega a lo más profundo del corazón y de la vida de los hombres. La fe es la certeza, la seguridad de que voy a conseguir lo prometido, el cielo. Somos peregrinos y estamos de paso aquí en la tierra. La fe es también el convencimiento de que Dios es mi Padre, se hizo hombre en Jesús, nos dio a María por Madre, murió en la cruz y resucitó. Subió a los cielos y nos envió al Espíritu Santo. Jesús vino al mundo para quedarse en medio de los hombres, para dar sentido y razón a nuestras vidas. No es un Dios lejano, es Padre y amigo. La fe consiste en descubrir lo que Dios ha hecho por nosotros y vivir en consecuencia. Todo esto no puede quedar en una pobre teoría, tiene que bajar al corazón y a la vida. La fe explica el sentido de nuestras vidas, y nos pide vivir auténticamente como humanos mientras peregrinamos al Padre. La fe nos tiene que llevar al compromiso de vivir como hijos de Dios, siendo hombres y mujeres de Dios, con la alegría de que el Señor se ha fijado en nosotros, con la audacia del peregrino que sabe que va hacia el cielo, y con la fortaleza que nos da el Espíritu Santo, que el Señor nos ha dado para que esté siempre con nosotros. Si fuéramos capaces de formar docentes con una vida de fe profunda y práctica, convencidos de su seguimiento del Señor mientras peregrinamos al cielo, la educación católica estaría salvada, y también los mismos colegios católicos.

3.3 Mística y espiritualidad para el docente actual católico

Tomo como hilo conductor los principios evangélicos que formaron a tantos religiosos marianistas desde el año 1817. ¿Cómo hacer para que estos fundamentos evangelizadores de la educación, que alimentaron y santificaron a tantos educadores marianistas, se vivan y se realicen hoy en tantos docentes, que son católicos, y ejercen su profesión de educadores?

Líneas de pensamiento

“Trabajar para la salvación de las almas, sosteniendo y propagando, por medios adaptados a las necesidades de los tiempos las enseñanzas del Evangelio, las virtudes del Cristianismo y las prácticas de la Iglesia Católica.”
(*Constituciones* 1839, nº 1)

“Sólo hay dos modos de salvar a los hombres: preservar los del contagio del mundo o curarlos de él. La Compañía adopta con preferencia el más seguro y el más fácil. Quiere pues, preservar, y ello por la educación de los más pobres y de los niños más jóvenes, sin que por eso renuncie a trabajar también, con la solicitud y mansedumbre de Jesús y María, por sanar en la medida de lo posible, a aquellos a quienes el error y el vicio han pervertido.”
(Const. 1839, nº 253, Const. 1891, nº 257)

“La Compañía de María no enseña sino para educar cristianamente.” (Const. 1839, nº 256)

“Los religiosos, incluso al enseñar cualquier materia tendrán siempre presentes que si tienen niños a quienes instruir es para inspirarles el temor y el amor de Dios, para preservarles y apartarles del vicio, para atraerles a la virtud y hacer de ellos buenos y fieles cristianos.”
(Const. 1839, nº257)

“No se crea que para ello sea necesario dedicar a la enseñanza y prácticas de la religión la mayor parte del tiempo. Con una intención fija de alcanzar el fin; con celo infatigable y una bondadosa caridad, el religioso, si vive según su estado, da una lección cristiana en cada palabra, en cada gesto y en cada mirada. Su modestia predica de continuo a sus alumnos todas las virtudes.” Const. 1839, nº 258)

“Desde que a un religioso se le encarga de una clase o de una escuela, se representa a Jesús y María, que al confiarle esos niños le dicen: La voluntad de vuestro Padre celestial es que ninguno de estos niños se pierda.

Se penetra para con ellos de los sentimientos de Salvador y de toda la ternura de María, por numerosos que sean, dilata su corazón para dar cabida a todos, y llevarles sin cesar en él, suple cuanto no pueden la debilidad o la ignorancia de ellos, considerándose como un Buen Pastor de sus almas”.

(Const. 1839, nº 259, Const. 1891 nº 265)

Valores y Virtudes

ACTITUD DE SERVICIO,
ADAPTACION,
FIDELIDAD A JESÚS,
FIDELIDAD A IGLESIA.

SOLICITUD,
MANSEDUMBRE DE
DE JESÚS Y MARÍA,
OPCION POR LOS
POBRES,
AMOR QUE CURA,
AMOR POR JÓVENES.

ANUNCIO DE JESÚS.

HACER HOMBRES
DIGNOS,
AMOR DE DIOS,
ATRAER A VIRTUD,
HACER BUENOS
CRISTIANOS.

PREOCUPACIÓN POR
LOS OTROS,
MIRAR BIEN,
BONDAD,
MODESTIA,
SER SIGNOS VIVOS
DE DIOS.

PRESENCIA DE JESÚS
Y MARÍA,
TENER SENTIMIENTOS
DE JESÚS,
TENER LA TERNURA
DE MARÍA,
BUEN CORAZON,
CARGAR CON LA
DEBILIDAD,
SER BUEN PASTOR.

“El religioso está bien convencido de que no se inspira la religión en los niños por un método más o menos ingenioso, ni por un ejercicio de piedad, sino por el corazón del maestro, cuando está lleno de Dios y simpatiza por la caridad con el corazón de sus alumnos.” (Const. 1839, nº 260)

CORAZÓN LLENO DE DIOS,
SIMPATÍA Y CARIDAD.

“Dios es paciente; llama muchas veces sin que las repulsas le retraigan; espera la hora del arrepentimiento, y mientras tanto conserva con la misma bondad a los que le ofenden y los que le sirven. Así procede el religioso en la educación de los niños, no pierde de vista que para él se trata de sembrar y no de recoger. Aún exigiendo de los alumnos el estudio, el orden, el silencio y el cumplimiento del reglamento; aún rechazando el vicio con aparente indignación, conserva en el fondo de su corazón una calma inalterable y una prudente propensión a la indulgencia.” (Const. 1839, nº 261, Const.1891, nº 267)

PACIENCIA,
SABER ESPERAR,
PERDONAR,
SEMBRAR MAS QUE
RECOGER,
CALMA,
INDULGENCIA.

“Cuida sobre todo de no rechazar como malo, lo que no es absolutamente bueno; no recibimos todos la misma medida de gracias ni el mismo destino. Bástale a cada cual ser como Dios lo quiere.” (Const. 1839, nº 262)

NO RECHAZAR A NADIE,
RESPETAR COMO DIOS RESPETA.

“Bajo el título de educación, se comprenden los medios por los cuales se puede sembrar, cultivar, fortalecer y hacer fecundo el espíritu cristiano en las almas, para atraerlas a la profesión sincera y pública de un verdadero cristianismo.” (Const. 1891, nº 261)

SEMBRAR,
CULTIVAR,
FORTALECER ,
HACER FECUNDO A JESUS.

“En el ejercicio de sus funciones los hermanos se consideran como los ministros y cooperadores de J.C., como los Servidores y auxiliares de María Santísima, para ellos la educación consiste en formar a Jesucristo en las almas, hacerle conocer, amar y servir.” (Const. 1891, nº 264)

MINISTROS DE J.C.,
SERVIDORES DE MARÍA.

“Eleva más su pensamiento, y recordando las palabras del Divino Maestro: Lo que hicisteis al más pequeño de mis Hermanos, a Mí mismo lo habéis hecho, descubre, respeta y venera en la persona frágil del niño a la persona misma de J.C. y el precio de su sangre.” (Const. 1891, nº 266)

VER EN LO FRAGIL DEL NIÑO A J.C.,
PRESENCIA DE J.C. EN EL NIÑO.

“No deja de ser Buen Pastor, sacrificase el mismo, toma sobre sus hombros la oveja descarriada y conserva siempre en el fondo de su corazón una calma inalterable y una prudente propensión a la indulgencia.” (Const. 1891, nº 268)

SACRIFICARSE POR OTROS,
INDULGENTE.

“Para el marianista, lo que es como el don de Dios, lo que constituye su fisonomía y forma su sello distintivo, es la Piedad del todo filial para con la Bienaventurada Virgen María.” (Const. 1891, nº 293)

SER HIJO DE MARIA,
VIVIR COMO HIJO DE MARÍA.

“El marianista antepone a toda otra felicidad la de ser y llamarse hijo de María. Sabe que con su Madre le han venido todos los bienes” (Const. 1891, n° 294)

FELICIDAD DE HIJO.
SOMOS BENDICION
DE MARÍA.

“Como hijo piadoso, se deleita en honrarla, amarla y hacerla amar, no se cansa de pensar en Ella y de recurrir a Ella, de hablar de su bondad, y explicar como es, con toda verdad, nuestra Madre, nuestra Vida, la Causa de Nuestra alegría y la razón de nuestra Esperanza.”. (Const. 1891, n° 295)

MARÍA MADRE,
VIDA, ALEGRÍA Y
ESPERANZA.

“Por efecto de esta Piedad Filial, el marianista siéntese instintivamente inclinado a imitar la vida de Jesús y de María. Aplicándose con marcada predilección a reproducir las virtudes que más sobresalen en la familia de Nazaret. Entre esas virtudes distingue sobre todo la humildad, la sencillez, el espíritu de Fe y de oración, y el espíritu de familia.” (Const. 1891, n° 296)

IMITAR VIDA DE
JESUS Y MARÍA,
HUMILDAD,
ORACIÓN,
ESPÍRITU DE FE,
ESPÍRITU FAMILIA.

“El Señor ha mirado la humildad de su sierva, dice la Madre. Aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón, dice el Hijo. El marianista conserva estas palabras en su corazón, y sabe que la humildad ha sido en todo tiempo una virtud característica de la Pequeña Compañía de María.” (Const. 1891 n° 297)

HUMILDAD COMO
MARÍA Y JESÚS,
MANSO DE
CORAZÓN.

“Así es que procura traducirla en su vida, primero por la obediencia, luego por el deseo de ser ignorado y tenido en nada, por el amor de la vida interior, por la modestia y lo hábitos que nacen de la sencillez evangélica”.
(Const. 1891, n° 298)

OBEDIENCIA,
OLVIDO DE SÍ,
VIDA INTERIOR,
MODESTIA.

“Esta amable sencillez, tan constantemente practicada y tan magníficamente enaltecida por el Divino Maestro, unas veces con su propio nombre, otras en la persona de los pequeños y de los humildes, es la señal de los hijos de Dios. Es la disposición cándida de un alma que camina rectamente a su fin en la seguridad de alcanzarlo. A los ojos del verdadero cristiano, este fin no puede ser otro que sino Dios y su beneplácito, y para alcanzarlo la sencillez es su guía más segura.” (Const. 1891, n° 299)

AMABLE SENCILLEZ,
SEGURIDAD DE LA FE,
PRIMERO DIOS,
VIDA ETERNA,
CAMINAR AL CIELO,
BUSCAR LO QUE
DIOS QUIERE.

“El hijo de María no hace uso de sutileza ni disfraz, no hay en su corazón doblez ni rodeo, es sencillo en sus maneras, sencillo en sus palabras, sencillo en todas sus costumbres, persuadido que esta franca sencillez le granjea la estimación de los hombres, al par que le asegura la amistad de Dios. Según el testimonio de su conciencia, constituye su gloria y su sabiduría vivir en este mundo, por gracia de Dios, en toda sencillez y sinceridad. (Const. 1891, n° 300)

SINCERIDAD,
NO FALSOS,
SIN DOBLEZ,
AMISTAD CON DIOS,
SANTIDAD COMO
DIOS,
CREER, SABOREAR Y
DISFRUTAR
LA GRACIA DE DIOS.

Resumiendo:

“El marianista fiel al espíritu de su vocación es aquel que encuentra su dicha en llevar el nombre de María, y en hacerse cada día con más verdad un pequeñuelo en la familia de Dios. Iluminado y guiado por la fe, cruza este lugar de destierro con los ojos y el corazón elevados hacia la patria; a ejemplo de Jesús y bajo la inspiración de María pasa ocupándose en las cosas de su Padre celestial, trabajando para glorificar a su Madre y haciendo el bien a sus hermanos.” (Const. 1891, n° 305).

Cuando releo todo lo anterior me quedo maravillado con la riqueza hermosa en valores humanos y cristianos que se presentaban como meta a conseguir, para el educador religioso marianista. Y cómo nos inculcaron poco a poco todas esas virtudes. Se nos preparaba en esas líneas de vida y de acción. Y lo mismo se da en todas esas congregaciones que se dedicaron a la educación: Salesianos, Maristas, La Salle, Calasancios. Fue una explosión de sabiduría y santidad, en el mundo contemporáneo que nacía. Y al escribir estas líneas me vienen a la mente la cantidad de marianistas sabios y santos que me educaron. Hombres del esfuerzo, hombres de la austeridad y del trabajo, hombres que dedicaron su vida a tiempo completo por mí, hombres muy hombres y muy humanos. Hombres muy hombres de Dios e hijos de María, que sabían vivir y transmitir la riqueza de todas esas virtudes que he analizado en el punto anterior. Hombres y mujeres de eternidad, peregrinos hacia el cielo. Hombres y mujeres que dedicaban sus vidas al encuentro con el Señor, al servicio de sus alumnos y a ir realizando en sus vidas una personalidad muy humana y muy cristiana, que les hiciera poder transmitir la gracia de Dios. Se entendía la santidad en un crecer en todas esas virtudes y realidades que aparecen en el punto anterior, para poder pasarlas y vivirlas en lo cotidiano de cada día a través de la enseñanza y en un proceso educador. A muchos nos ayudó a adquirir una personalidad muy rica, capaz de enfrentar las realidades de la vida. Personalidad de hijos de Dios con una disponibilidad total al servicio del reino de los cielos, y que nos preparó para entrar y trabajar con facilidad, eficacia y santidad en otros campos del apostolado. Como decía un gran amigo mío, éramos un tipo de religiosos que hoy no fabrican ya. Como hay que vender, se produce todo muy descartable, y cuesta hacer cosas sólidas y eternas. Esto es un desafío para la vida religiosa de hoy, y para los educadores cristianos. ¿Cómo hacemos y somos personas sólidas y no descartables?

¿Seremos capaces de traspasar a los laicos no sólo las estructuras educacionales, sino también toda esta mística? Pienso en todo esto cuando uno se imagina lo que debería ser un Movimiento de Educadores Católicos que es mucho más importante que tratar de salvar los colegios católicos. Cuando hablo de educación católica, no pienso sólo en los colegios católicos, pues no es problema de estructuras a salvar, sino de personas a formar, de los agentes de esa educación católica. Es importante que sean buenos profesionales de la enseñanza, es decir que sean muy humanos y enseñen bien. Pero por sobre todo es muy importante que sean verdaderos seguidores de Jesús y de María. Pienso que son necesarias tres realidades a tener en cuenta:

1. Que sean buenos profesionales, es decir, que enseñen bien. No me extiendo en este punto, pues es una realidad supertratada hoy en el mundo de la educación en base a esa cantidad de encuentros y papeleos que tenemos. Y que a pesar de todo eso cada día hay más educadores que enseñan peor.

2. Que crezcan en los valores humanos y los transmitan: Cumplan con horario de clases, no lleguen tarde, traten a sus alumnos con respeto. No se crean superiores a los demás, capaces de trabajar en equipo, actitud de servicio, adaptación, saber pedir perdón, sencillez, sinceridad, sin doblez. Preparar las clases, preocupación por sus alumnos, que no son un número, son personas, saber tratarlos con cariño. Saber esperar, saber escuchar, no estar indiferente ante la vida y problemas de sus alumnos, de los padres y de los compañeros de trabajo. Mirar bien con ojos de bondad y misericordia. Cargar con la debilidad de los otros, no rechazar a nadie, paciencia e indulgencia. Esforzarse por hacer hombres y mujeres dignos. El docente no puede ser el amigo de sus alumnos, ni el que les permite cualquier cosa, ni el inspector o juez que no les deja hacer nada. Es un poco como el padre y la madre de ellos, el hermano mayor que es capaz de decir sí o no, buscando siempre la verdad, y tratando de llegar a ser modelo y ejemplo de vida.

3. Que sean capaces de vivir las virtudes cristianas y seguir a Jesús, y anunciándolo con sus vidas y su palabra, sean signos proféticos tanto en colegios estatales como privados: Mansedumbre, paciencia, fidelidad a Jesús, fidelidad a María, opción por los pobres, amor de Dios, Buen pastor, vivir la presencia de Jesús y de María, servidores de María, auxiliares de Jesús, ver en la fragilidad del niño a Jesús. María como Madre, alegría, vida y esperanza nuestra. Humildad como Jesús y María. Creer, saborear y disfrutar la gracia de Dios. Buscar la santidad, sinceridad como Jesús, sencillez como María, amistad con Dios. Oración, como tratar de amistad con Dios y hablar con Él, espíritu de fe y espíritu de familia, vida interior y modestia. Dar la vida, como Jesús, por los otros. Imitar la vida de Jesús y de María. Ser como María bendición de Dios, vivir como hijo de María. Que su vida sea una explosión de alegría y santidad, que nace de su fe en la presencia del Señor, y que al alegrar a nuestro mundo, alegra y da vida al mundo de los niños y de los jóvenes.

Resumiendo y sintetizando: el marianista, el educador, debe ser:

Aquel que encuentra su felicidad y dicha en llevar el nombre de María, y ser en efecto Hijo de Dios.

Aquel que trata de hacerse cada día un pequeñuelo en la familia de Dios y en la familia de los hombres.

Aquel que iluminado y guiado por la fe, cruza este lugar de destierro con los ojos y el corazón puestos en el cielo.

Aquel que como Jesús y María, pasa ocupándose de las cosas de su Padre celestial, trabajando para glorificar a su Madre y haciendo el bien a sus hermanos.

3.4 Consideraciones finales

3.4.1 En el proceso de educación en el mundo actual lo que hay que fortalecer es el educador. El docente no es un simple trabajador de la educación, es mucho más que todo eso. Según el tipo y calidad de educador así será el futuro de un país. Por eso

no puede quedarse en un simple enseñante de cosas y materias. Es un forjador de humanidad, un artista que modela vidas y ayuda a crecer en valores. Un indicador de caminos y de metas, un acompañante silencioso y oculto para la vida de muchas personas, que sin darse cuenta van madurando, porque hay alguien a su lado que es capaz de sostenerlos, de darles una mano, e incluso de morir por ellos. Y si es católico hay algo muy especial: es aquel que nos ayuda a descubrir y a vivir la santidad a la que somos llamados todos los hombres por este Padre bueno que es el Dios, que nos ha hecho sus hijos, y ha sido anunciado por Jesucristo, y que diariamente está con nosotros por la presencia y fuerza del Espíritu Santo.

3.4.2 Este educador católico, además, tendrá que crecer y vivir como verdadero Hijo de Dios y de María, realizando la alegría de su vida con humildad y actitud de servicio, y siendo signo profético de lo gratuito, de la santidad y del amor de Dios en el mundo de hoy. Tendrá que crecer, celebrar, vivir y comunicar el espíritu de fe, en el ejercicio diario de su labor educadora, viviendo su fe por la presencia del Espíritu Santo y entregándose de corazón al anuncio evangelizador de la Misericordia de nuestro Dios, que es Padre, Hijo y Espíritu Santo, en medio del complejo mundo de la educación.

3.4.3 Nos encontramos con el gran desafío en el mundo de la educación actual: La formación de auténticos educadores cristianos, que llenos de sabiduría y de santidad, se desparramen por todos los ámbitos de la educación, y sean capaces de ayudar a realizar los hombres y mujeres, que desde toda eternidad, siempre pensó Dios para la humanidad.

3.5.4 ¿Seremos capaces de entrar en esta aventura? La preocupación por los colegios católicos, ¿nos hará olvidar que la educación católica se juega mucho más en la preparación de docentes santos y sabios, que en buscarle continuidad a los colegios católicos, organizando empresas de educación? No son las estructuras educativas las que salvarán la educación católica, sino la vida sabia y la santidad de verdaderos educadores católicos. Las estructuras matan, porque fácilmente buscamos en ellas una falsa seguridad, y olvidamos a ese Espíritu Santo que da vida. Necesitamos descubrir la llamada y la presencia del Espíritu Santo en esta realidad de la educación católica en el mundo actual. Nos están llamando a nuevos caminos. Y nuevos caminos no son nuevas formas de llevar los colegios católicos, o de crear empresas educadoras para llevar colegios sin religiosos. Nuevos caminos no es hacer más de lo mismo, pero de otra manera. Habrá que superar la añoranza de un pasado que ya no vuelve, saber no quedar atados a la falsa seguridad de las pobres y ridículas empresas educativas que estamos montando, y abrirse con esperanza y audacia a nuevas realidades, como sería la de crear movimientos de fe de Educadores Católicos. Docentes católicos, que en el ejercicio de su profesión son capaces de evangelizar. Y en este sentido tenemos ya algo de tiempo perdido, pero siempre se está a tiempo. El interrogante está en lo siguiente: en el paso de los colegios religiosos a los laicos, ¿hemos traspasado vida o sólo estructuras? El día en que los religiosos no seamos más los patrones, o no seamos, ¿seguirán esas instituciones educativas?

3.4.5 De los veinte siglos desde el nacimiento de Cristo que tiene la humanidad, solo los dos últimos, y todavía escasos, caracterizaron a la Iglesia con una educación en centros educativos tal como vivimos y sufrimos hoy. Se hizo y se hace bastante bien, es verdad, pero hoy nos encontramos con graves inconvenientes. Y surge una inquietud: ¿acaso no estaremos entrando en la recta final de la existencia de los colegios católicos?

Estamos en un momento de cambio, y deberíamos ser capaces de vislumbrar qué es lo nuevo que está naciendo. Pienso que un camino es la creación y atención a Movimientos de Educadores Católicos, y tener imaginación creadora y fidelidad a la realidad que nos toca vivir, para saber encontrar nuevos y más eficaces caminos de educación católica.

3.5.6. – Y para terminar quisiera rendir un homenaje a tantos educadores religiosos, que fueron profetas en su tiempo, y les pido que desde el cielo, donde muchos de ellos ya están, nos ayuden a encontrar caminos nuevos de educación. Y estoy convencido que, en este momento desafiante de nuestra historia, seremos capaces de encontrar los caminos verdaderos de evangelización a través de la educación. Una educación que sea forja de valores. Y esta educación no es nueva, es la de siempre, la de todos los tiempos, la que cree en el valor de la persona humana, porque es hija de Dios. Una educación que nos ayude a construir un mundo mejor, porque hemos sido capaces de formar unos hombres y mujeres mejores. La que busca de mil maneras hacernos más humanos y más felices, y por eso hace que los educadores seamos capaces de perder nuestro tiempo y nuestra vida entregándola gratuitamente por los demás. La que hace que seamos capaces de ayudar a crecer en la caridad y en la fortaleza, para que esta humanidad nuestra, adquiriendo ciencia, sea capaz de transformarla en sabiduría, porque es capaz de vivir el amor con fortaleza.

Nueve de Julio, a 30 de noviembre de 2.006

Enrique Barbudo

© **Mundo Marianista**